

H. CARPINTERO: ENTREVISTA AUTOBIOGRAFICA

(con F. Tortosa y E. Pérez-Delgado)

RESUMEN

En el presente trabajo se ofrece una entrevista autobiográfica con el Dr. H. Carpintero, director de la R.H.P. y presidente de la S.E.H.P. Dada la juventud disciplinar de nuestra especialidad es posible recurrir a la historia oral, no sólo para facilitar el perfil biográfico de una figura clave en el proceso institucionalizador de la Psicología en nuestro país, sino también para comprender mejor dicho proceso y más particularmente en lo que hace referencia al ámbito de la Historia de la Psicología.

SUMMARY

In the present work it offer an autobiographic interview with the Dr. H. Carpintero, manager of the R.H.P., and S.E.H.P.'s president, the younger of our discipline is possible to turn to oral history, not only to make easy the biographyc outline of a principal figure in the institutionalization process of psychology in our country, but also to understand better this process, and more specially the history of psychology field.

- Dr. Carpintero, vd. pertenece a la generación de los "niños de la guerra", por lo que sus primeros estudios y formación básica los realizó en los años más duros del franquismo. ¿Qué puede decirnos de aquellos años y de aquel sistema de estudios?

- Mi niñez, tal como hoy la recuerdo, fue una época tranquila, feliz, que parecía destinada a durar siempre, aunque estuvo rodeada de acontecimientos más bien dramáticos. Nací en Barcelona en 1939, cuando la guerra había acabado. Mi padre, inspector de primera enseñanza en Barcelona, había logrado aquel puesto ganando una difícil oposición unos años antes; pero como Barcelona perteneció casi hasta el final de la guerra a la zona republicana, mi padre se encontró calificado como 'rojo', y aunque su intervención en la guerra no debió ir más allá de efectuar servicios auxiliares, hubo de exiliarse, aunque por poco tiempo, a Francia. A los pocos meses volvió, pero durante un par de años hubo de estar separado de su función, tratando de encontrar apoyos que le respaldaran y le permitieran seguir trabajando y viviendo en la nueva situación. Por esos mismos años, yo viví con mi madre, una maestra catalana, bella e inteligente, que había estudiado en la Escuela Superior del Magisterio como mi padre, pero antes de lle-

gar yo a los dos años murió casi repentinamente, y así empecé mi vida en Soria, en una pequeña familia que procuraba reconstruirse, con mi padre y dos hermanas solteras, que consiguieron darme una niñez holgada, llena de atenciones. Mi padre fue, durante años, mi maestro, un maestro admirable, que me daba lecciones, me permitió formar una biblioteca infantil extraordinaria, y con quien a veces jugaba, muy seriamente, a policías y ladrones en la camilla del cuarto de estar. Esto, hoy lo veo, era y es rarísimo, pero a mí me parecía lo más normal del mundo.

La primera aula a la que asistí con normalidad fue la del primer curso de bachillerato en el Instituto de Soria. Era un Instituto con un estupendo grupo de profesores dirigidos por un magnífico director, un profesor de ciencias naturales, Alejandro Navarro. El edificio, un antiguo convento de jesuitas con gran escudo en la puerta y un claustro alrededor del cual se abrían las aulas, hacía sentir la seriedad y la nobleza del estudio. Era el instituto donde había sido profesor Antonio Machado cuando estuvo en Soria. Yo fui muy buen estudiante de bachillerato, sacaba matriculas en casi todas las asignaturas, leía mucho, me aficioné a la música clásica a través de los conciertos de la Suisse Romande que conseguía cazar a través de una radio enorme de marca "Atlas", de la que nunca encontré otro aparato igual. Aprendí muchísimas cosas -muchas ya se me han olvidado, lamentablemente-; hice muchos amigos, y pasé todos mis cursos sin llegar a inscribirme en el movimiento falangista, a pesar de las reiteradas invitaciones a ello de un profesor de formación política.

Lo singular de aquellos años era la singular mezcla de política falangista y clericalismo que el franquismo impuso. Teníamos que estudiar textos franquistas como el fuero del trabajo, hacer algunos resúmenes de discursos del fundador de Falange, José A. Primo de Rivera, y asistir a las fiestas de conmemoración de la muerte de Primo de Rivera, con misas de difuntos y cánticos; pero era una de esas obligaciones que caen sobre uno desde fuera, sentidas como extrañas, y que se compensaban con las horas en que, por la noche, en la radio, se oía Radio París, con las crónicas políticas de Salvador de Madariaga. Sabía más o menos dónde estaba, lejos de los que mandaban, pero sin que ello me impidiera hacer mis lecturas, soñar con el mundo de las aventuras de "Guillermo y los >Proscritos< ", vivir mi vida, en la calma de una Soria que aún tenía ferias de ganado, y gigantes y cabezudos, y teatrillo de temporada donde se hacían todos los dramas rurales habidos y por haber, y un río maravilloso donde nadar y remar y hacer tertulias de verano.

Digo todo esto porque, a veces, se olvida que en aquellos años, llenos de cosas graves y serias, los muchachos encontrábamos la hora justa de la felicidad personal, o del estudio riguroso, al margen de un mundo oficial carente de interés, y que sonaba a retórica hueca y estereotipada.

-Su primer contacto con la psicología debe remontarse a sus años de bachillerato. ¿Qué tipo de visión le ofrecieron?

-Estudié psicología dentro de uno de los cursos de filosofía. Teníamos un texto más bien escolástico de orientación, el de Carreras Artau, y aunque el profesor era excelente persona, yo no saqué en limpio nada que se pareciera a una psicología científica. En realidad, eran unas lecciones destinadas a asentar en las cabezas de los estu-

diantes la espiritualidad del alma, y hacer posible el resto de la cosmovisión tomista que se había impuesto desde el gobierno en la educación.

-Por cierto, aquellos años coincidieron ya con una cierta apertura en la Universidad de Madrid y los primeros hitos constituyentes de nuestra psicología. ¿Los conoció?

- Llegué a la universidad de Madrid en 1958, tras dos años de estudio en la universidad de Zaragoza. Hacía Filosofía y Letras. Yo tenía algún amigo, que estuvo implicado en los primeros movimientos de estudiantes, que veraneaba en Soria, y que nos hacía sentir algo de la emoción y el peligro de los conspiradores de la época. Era Fernando Sánchez Dragó, que entonces ya ardía por ser escritor, y que es una persona que parece arder sin consumirse desde que lo conozco. Para evitar demasiados contagios, me enviaron a estudiar a Zaragoza, donde encontré un grupo de amigos también llenos de entusiasmo por la literatura, la música, y la vida en general. Desde luego, algo parecía moverse -hasta que vino la reacción, la destitución de los rectores Laín y Tovar, algunos encarcelamientos, y un nuevo tiempo de 'tecnócratas' que hicieron planes de desarrollo, y a los que se criticó, por ejemplo, representando el "Tartufo" de Molière, como hizo Marsillach, con el enorme éxito de un público que "sabía" que aquello iba en contra de los grupos gubernamentales.

Yo estudiaba Filosofía y Letras. Me interesaba la filosofía, que había empezado a conocer en los libros de Julián Marías, amigo personal de mi familia, y a quien yo oía en silencio durante largas horas del verano soriano cuando acompañaba a mi padre a su tertulia. Marías era enormemente crítico del sistema y de la cultura franquista, que veía suplantando otros valores verdaderos; cuando empecé a estudiar en la Universidad, hubo un movimiento fortísimo que intentó que se pusieran las obras de Ortega en el Índice de libros prohibidos por la Iglesia católica. Con frecuencia se atacaba a Ortega, o a Unamuno, desde los púlpitos de las iglesias. Yo me coloqué fuera del sistema, que veía interpretado con precisión y con gran inteligencia por Marías; y pronto comprendí que la vida intelectual está muy lejos de la acción política. Cuando llegué a Madrid, me encontré comprando un Compendio de filosofía aristotélico-tomística, en latín, de Gredt, para estudiar lógica, y siguiendo unas clases de psicología, que daba Gil Fagoaga, basadas en ideas de Schopenhauer, en conceptos de constitución y temperamento, y en ideas del análisis de la personalidad de Szondi, que eran todo lo pintorescas que se quiera, pero que seguían dejándome en el limbo de lo que pudiera ser la psicología como ciencia.

-¿Qué visión de la psicología se ofrecía en la universidad española de finales de los años 50s? ¿Qué se conocía de sus desarrollos más allá de nuestras fronteras?

- Es difícil dar una imagen general y válida de aquella situación. Habría que ver lo que se publicaba, lo que se traducía... En Zaragoza, yo recuerdo un profesor de filosofía, culto y fino, que se interesaba por las caracterologías de Le Senne, y Heymans; ya he comentado el relativo éxito de las ideas de Szondi en la cátedra de Fagoaga, en Madrid. Y recuerdo, en fin, que tuve una primera idea de la existencia de Pinillos a través de Marías, cuando Pinillos pasó a ser catedrático de Valencia a comienzos de los 60. Mientras yo empecé a dar clase de filosofía en bachillerato, y así independizarme

económicamente, animé a la que luego sería mi mujer, Victoria del Barrio, a estudiar psicología en la Escuela de Psicología de Madrid. Así, yo tuve una información filtrada de aquella escuela, y me llegaba el eco de las clases de Yela, Forteza, o del P. Ubeda, pero sin que ello produjera una imagen integrada y coherente.

-En 1961 se licencia en filosofía, después aprueba unas oposiciones como profesor de filosofía de bachillerato. ¿Cómo eran aquellos programas? ¿Existían diferencias respecto de los que Vd. había estudiado unos años atrás?

- Yo terminé filosofía, con no demasiadas ilusiones, y sin saber hacia dónde dirigir mis pasos. Marías me sugirió un tema de memoria de licenciatura que trabajé con interés: el estudio del *Journal intime*, de Pierre Maine de Biran, que se había editado por fin en una edición muy cuidada. Era un tema fronterizo entre el análisis psicológico y la reflexión moral. Elegí a J.L. Aranguren como director. Era la figura más atractiva, a mi juicio, de aquella hora en la Facultad de filosofía de Madrid. Pero, después de superar la licenciatura, yo no tenía en perspectiva nada prometedor ni seguro. Empecé a dar clases, entré a trabajar en un seminario que puso en marcha Marías con ayuda de la Fundación Ford, sobre la historia de España contemporánea, y empecé a interesarme por la historia de las ideas, por llamarlo de algún modo. Pero todavía no había sonado mi hora de despertar del 'sueño psicológico' en que andaba sumido.

Oposité a cátedras de filosofía porque me animaron algunos profesores míos. Esto era algo sencillo: se convocaba la oposición, salían unos sesenta o setenta temas, daban unos veinte días, y luego se examinaba uno de aquello. Yo me organizé bien, estructuré mis temas en unos diez días, y luego los aprendí. Obtuve plaza, pero al final pedí la excedencia y me quedé en Madrid. Encontré posible empezar a dar clase de filosofía en la Universidad, en la Facultad de Ciencias políticas y económicas, gracias a la invitación que me hizo Paulino Garagorri. Y pasé a la universidad. Era una nueva experiencia. Me obligó a plantearme el tema de la tesis doctoral, y por ahí empecé a derivar hacia la psicología.

-En 1964 se produce su definitiva incorporación a la universidad. Regresa a la Complutense, primero como Ayudante (1964-66) y luego como encargado de curso (1966-68). Se trata de años decisivos en los que Vd. se convirtió a la psicología. ¿Cómo y por qué se produjo esa conversión?

- Como le decía, la entrada en la universidad me planteó el problema de mi tesis doctoral. Pensé en seguir trabajando sobre Maine de Biran y el conjunto de su obra, relacionando los textos de los diarios con los de las memorias y estudios académicos escritos por aquel. Había que darle un enfoque psicológico al trabajo. Entre otras cosas, Aranguren, mi anterior director del trabajo de licenciatura, había sido separado de su cátedra como sanción por apoyar ciertas manifestaciones de estudiantes. Así que me fuí a ver a José Luis Pinillos, que ya era catedrático de psicología en Madrid, y le planteé mi caso. Me animó a trabajar en la tesis; luego, me ofreció dar clase en psicología general; al final, en 1968, me apoyó para obtener una plaza de Adjunto de Psicología en su grupo. Y además, empecé a conocer y trabajar en psicología bajo su dirección. Incluso teníamos sesiones de trabajo, él y yo, en que discutíamos temas, veíamos bibliografía,

y así al final pude empezar a pensar en seguir trabajando en temas de psicología e historia del pensamiento, cosa que he hecho desde entonces.

-¿Qué opinaba por aquel entonces acerca de la psicología (objeto, método, tipo de ciencia, ámbitos) y qué opina hoy al respecto?

- Pensaba, y pienso, que es un modo de aproximación esencial e indispensable para lograr un conocimiento válido del hombre y de los grupos humanos. Tuve que escribir sobre estos temas al hacer mi primera memoria para opositar a la cátedra de psicología de Valencia, allá por 1969, e incluso publiqué en Saitabi, una revista de la facultad de filosofía de Valencia, las páginas en que me refiero a ello. En dos palabras, yo pienso que el objeto de reflexión filosófica es la estructura yo-circunstancia que Ortega y Marias han investigado, y admito que ahí se da lo que Marias llama una "estructura empírica"; es decir, que el vivir de cada uno se da con unas formas empíricas de corporeidad, y de mecanismos psicofísicos, que son objeto de investigación de las ciencias concretas - como la fisiología, o la psicología. Por eso, el estudio de la psicología ha de hacerse con el rigor de una ciencia, pero con los ojos puestos en que su actualidad última se halla en la experiencia personal, inmediata y directa que es, para cada cual, su vivir. La psicología no es filosofía, pero lo que dice importa y ha de ser tenido en cuenta por el filósofo, el antropólogo, o el metafísico.

Por eso yo decía algo así como ésto: la psicología es la ciencia positiva que estudia las estructuras naturales psicofísicas con que se realiza la vida humana. Y no pienso cosas demasiado diferentes todavía hoy.

-Usted fue profesor de psicología en la Universidad Complutense precisamente en los años que abarca la primera promoción de psicólogos españoles (1968-1971). ¿Cómo era la psicología que se les ofrecía en las aulas? ¿Cómo y quienes eran aquellos primeros psicólogos?

- Eran años muy difíciles en la Universidad. La represión franquista de los movimientos estudiantiles llevó a tener policías vigilando y paseando con armas y cascos puestos por los pasillos de las facultades. Había que hacer un esfuerzo grande para recuperar, en la clase, el espíritu académico. Y la facultad de Madrid, que es la única sobre la que puedo hablar, tenía algunos profesores muy valiosos y serios, y algunos más inexpertos y singulares. Había mucha ilusión, y no muchos medios. Recuerdo trabajar en un seminario, vacío, en uno de cuyos despachos hacían una investigación sobre fobias dos estudiantes, hoy ilustres catedráticos de psicología, que guardaban en una caja de cartón una culebra con la que habían de manipular otros estudiantes convertidos en sujetos experimentales. En aquel tiempo, yo empecé a trabajar en historia de la psicología, preparando un curso para los que iban a formar la primera promoción de licenciados. Recuerdo que el primer día pensaba hablar de Aristóteles y su idea del alma. Se produjo en la clase un murmullo generalizado, que me alertó. Tras una breve vacilación, decidí seguir hablando de Wundt, y al poco rato tuve que contar que Wundt había excluído de su psicología la idea de sustancia, que, como se sabe, la había formalizado Aristóteles de éste modo y del otro, - y volví a hablar de Aristóteles, pero desde un nuevo sesgo. Desde entonces he tenido siempre presente que los intereses y pro-

cupaciones de los estudiantes de psicología no son las de los filósofos, y que hay que despertar la curiosidad y participación de una clase antes que imponer sin diálogo el punto de vista propio.

-En 1970 aparecieron sus dos primeros libros, las "Cinco aventuras españolas" y el dedicado a Maine de Biran ¿Qué significaron para usted?

-El primero fue fruto de un trabajo más breve que hice sobre el pensamiento español contemporáneo. Este me hizo ver que vivía en un país con una tremenda escisión, tanto en lo cultural como en lo social. La idea de "las dos Españas" -progresista y reaccionaria, real y oficial-, que tantas veces ha servido para explicar la inquietud sociopolítica del país desde el siglo XIX, y que yo había estudiado bastante en el Seminario de humanidades que dirigía Marías, me volvió a aparecer en el campo del pensamiento. Precisamente las "Cinco aventuras" recogían cinco ensayos de pensamiento, de orientación liberal, en donde hay una original e interesante vinculación del pensamiento conceptual a los problemas históricosociales del país. Tanto Pedro Laín como José Luis Aranguren, Francisco Ayala, Julián Marías o José Ferrater Mora tienen una obra intelectual muy personal y valiosa, y en todos ellos hay una directa preocupación por la naturaleza y la realidad de la sociedad española, de lo que Laín llamó "España como problema" -nuestra "inabilidad" para construir una convivencia plural y justa.

Ese libro responde a mi convicción de que la vida intelectual tiene una raíz personal histórica que le da consistencia. De ahí a considerar que también en la ciencia entra una dimensión histórica no había más que un paso.

El folleto sobre Maine de Biran, por otro lado, era el resumen de la tesis. Y ya he dicho que, por la vía de la tesis, yo me fui acercando a Pinillos y a la psicología.

-En 1971 es usted Profesor Agregado de psicología de la Universidad de Valencia, donde en la práctica viene a sustituir al profesor Pinillos que había regresado a la Universidad Complutense. ¿Con qué situación se encontró en Valencia respecto de la vida de otras Universidades?

- Yo fui a Valencia como Agregado, después de que, un año antes, hubiera obtenido Francisco Secadas la cátedra de aquella Facultad. Todo estaba en marcha. Había en Valencia un grupo, que había mantenido vivo José M. Morales Meseguer, hombre muy valioso y cordial, y donde ya estaban trabajando Julio Seoane, Elena Ibañez, y algunos otros más. La facultad de Valencia reunía todas las ramas de letras todavía, y había excelentes profesores - Ubieto, Reglá, Roselló, Garrido, Montero, Sanvalero, y tantos más-, que al llevar a cabo una reforma de plan de estudios hicieran entrar en la licenciatura en filosofía toda una serie de disciplinas de psicología, casi una especialidad. Se había perdido la biblioteca que organizara Pinillos, y en el departamento dominaba el interés por la psicología evolutiva que era el tema central de los trabajos del Dr. Secadas. Era una Universidad donde ya latía una tensión de fondo entre el centralismo y la autonomía universitarios, y había una preocupación por recuperar intelectual, lin-

güística y culturalmente el mundo valenciano, que eran temas nuevos para mí, que llegaba de Madrid. Esta era una situación nueva y estimulante y tanto mi mujer como yo nos comenzamos a adaptar enseguida.

-Por los años 70, también en Valencia, el Dr. López-Piñero y su equipo de la Facultad de Medicina de Valencia introducían y daban a conocer las técnicas bibliométricas aplicadas al análisis documental en Historia de la Medicina. ¿Cuáles fueron sus relaciones con ese grupo investigador?

- Conocía a José María López Piñero antes de ir a Valencia, pues tanto él como yo trabajamos en el Seminario de Humanidades que dirigió durante unos años Julián Marías. El colaboraba dentro de un grupo de trabajo encabezado por Laín, sobre Medicina y sociedad en la España del siglo XIX. Y yo sentía ya una gran admiración hacia su saber y su trabajo en historia de la medicina. Mantuve con él, y con su mujer, la Dra. Terradas, una buena relación; me ayudaron en muchas ocasiones, y me dieron muy valiosas orientaciones para trabajar con aquellas técnicas; hubo alguna persona que, apoyada por López Piñero, hizo trabajos que sirvieron de incitación a nuestro grupo. Pero, sobre todo, nos orientaron hacia los trabajos de Garfield, y de Price, con los que luego entraríamos en relación directa.

-El año 1976 sería crucial en el desarrollo de su carrera. Por un lado, accede a la Cátedra de Psicología General de la Universidad Autónoma de Barcelona, aunque luego conseguiría trasladarse de nuevo a Valencia, donde seguiría otros doce años más, participando decisivamente en la conformación de los estudios de psicología en la universidad valenciana. ¿Cómo valora aquella decisión y qué balance hace de los 18 años pasados en Valencia?

-Los años de Valencia han sido decisivos para mí en todos los sentidos. He tenido tiempo de iniciar una labor, desarrollarla, lograr formar unos colaboradores que luego han alcanzado su madurez, beneficiándome yo de ellos tanto o más que ellos de mí; por eso, ciertamente, fue una decisión nada sencilla, pero que siempre creí acertada, el permanecer en Valencia a pesar de obtener la cátedra de Barcelona.

La Universidad Autónoma, por otra parte, era un centro muy activo, donde encontré excelentes amigos, y tuve una recepción en el departamento extraordinariamente buena. Cándido Genovard, Silverio Barriga, Ramón Bayés, entre otros, llevaban aquel grupo, y colaboré como mejor supe para darle estabilidad.

-También en 1976 aparecieron, publicados por la UNED, dos obras clave en su carrera. Nos referimos al manual de Psicología General, que dirigido por Vd. ofreció un muestrario importante de colaboraciones de los entonces compañeros de la sección departamental de psicología; y el, en palabras del profesor Brozek, "Innovador manual de historia de la psicología" la obra histórica de carácter general con mayor número de reediciones en nuestro país. ¿Qué puede decirnos de ellos?

- Son dos obras bastante diferentes en su ejecución y en su concepción. La psicología general es una obra que dirigí, en que tomaron parte muchos de los hoy profesores de psicología dentro y fuera de Valencia. Se logró un libro que pudiera ser leído y entendido por cualquier alumno de la UNED, porque se puso en su construcción un esfuerzo enorme de crítica interna y de ilusión. Cada capítulo era examinado y criticado por todos, mejorando el estilo y la organización del contenido, a veces tremendamente podado perdiendo en datos y ganando en concisión y en claridad. Recibimos juicios valiosos y elogiosos del profesor que entonces llevaba aquella asignatura, que veía cómo lograban entenderlo con facilidad sus alumnos.

El libro de historia lo escribí yo desde el principio al fin. No sé si ha sido el libro más reeditado, pero sí que ha sido un libro muy duro de trabajar para los estudiantes, porque en sus páginas excluí hasta los adjetivos o las aclaraciones que no me parecían esenciales, con lo que lo dejé casi químicamente limpio de lo que los estudiantes llaman "paja", y es un manual escrito casi como una sucesión de telegramas. Para hacerlo, combiné criterios de escuela con otros de evolución histórica y sucesión de generaciones que me sirvieron bien para encajar mucho material en un esquema amplio. Además, cuidé de recoger muchos autores europeos que han sido olvidados por los manuales americanos al uso, como Ribot, Bain, Claparède, Montessori, por ejemplo; luego, tracé una cuadrícula de estudio, de modo que en cada autor se analizaran los procesos de conocimiento, motivación, aprendizaje y personalidad, facilitando así un posible uso del libro como historia de los procesos psicológicos básicos; en fin, hice lo que pude por historizar ciertas figuras, como la de Freud, aprovechando mucho su "Proyecto de psicología" inicial, o escuelas como la de la Gestalt. Sobre todo, es un libro hecho sobre lectura de los autores, no sobre manuales precedentes. Creo que todo eso, al final, se nota. Pero muchos alumnos míos me han reñido, más o menos cordialmente, por la dificultad con que el libro está construido, y creo que alguna razón tienen en eso.

-También en torno a 1976 comenzaron las defensas de las primeras tesis y tesinas que abrirlan un amplio programa de investigación en historia. Ese programa ha venido ofreciendo trabajos sobre una variedad muy amplia de tópicos. ¿Cómo recuerda aquellos trabajos, y como valoraría dicho programa?

- Creo que se ha tratado de un programa de trabajo muy realista, que procuraba realizar investigaciones reales y efectivas, aunque fueran de alcance muy limitado. Recuerdo que, al proponerme el Dr. Miralles una memoria de licenciatura sobre el pensamiento de Piaget, yo le animé a dejar un tiempo en paz a Piaget, y ver qué había de interés en la obra de Claparède, tan importante para entender al otro ginebrino. Hizo un trabajo estupendo, y cuando lo hubo acabado de defender, alguien del tribunal le animó a hacer pronto trabajos serios. Yo creo que estas cosas ya no pasan, y que todos somos conscientes de que la perspectiva histórica es complementaria de la sistemática, y más en ciencias sociales, donde nos hemos de enfrentar a la obra del hombre, que es un ser histórico.

Comenzamos estudiando, sobre todo, temas españoles, porque había que superar el corte generacional producido por la guerra civil entre una tradición casi olvidada y un presente sin recuerdos. Luego, hubiera podido haber una dispersión de temas, pero recuerdo que uno de mis mejores amigos y colaboradores, el Dr. Peiró, un día se plantó

delante de mí y me puso ante la disyuntiva de aceptar la dirección de un trabajo totalmente ajeno a mis intereses, o de imponer un cierto programa de investigación a quienes quisieran trabajar conmigo. Aprendí aquel día la lección muy bien aprendida, y desde entonces he procurado en lo posible subordinarme, incluso yo mismo, a las exigencias de un programa de trabajos racionalmente pensado.

- En 1978, la Sociedad Española de Psicología celebró en Torrent (Valencia) sus bodas de plata como asociación, y Vd., como vicedecano de la Facultad de Filosofía y en cierto modo responsable de la sección de psicología actuó como anfitrión de dicha reunión. En la misma se presentó un amplio muestrario de trabajos de la sección de psicología de Valencia, incluido un representativo número de historiadores. ¿Cómo valora aquellos hechos, y cómo ve su significación?

- Fue una primera salida pública del grupo valenciano, que resultó enormemente positiva. Hay un volumen de trabajos de aquella reunión, que fue para muchos el primer lugar en que ver recogida una publicación propia, y que es un buen testimonio de aquella época.

Recuerdo que allí presenté un trabajo sobre la psicología española, su pasado, presente y futuro, donde junto al elogio de nuestros maestros había ciertas suaves censuras, por el exceso de practicismo y de falta de base de investigación experimental "dura" que no gustó a todos, pero que sigo creyendo justificada.

- Usted, y algunas de las personas que el profesor Brozek ha llamado la "Escuela valenciana" de historiometría participaron en la influyente reunión que, con el tema genérico de la "psicología contemporánea" organizó la Fundación Juan March, que anteriormente había abierto las páginas de su Boletín a los temas psicológicos. Ello suponía un balance de esos primeros 10 años de vida formal de la psicología española, y una prospectiva de hacia dónde avanzaría. ¿Cómo valora hoy aquella reunión?

- Fue una toma de conciencia de los psicólogos universitarios de la tarea que teníamos por delante, a la vez complicada por la evolución teórica de la propia psicología y por la situación de los distintos grupos de trabajo en España. José Luis Pinillos fue el alma de aquella reunión, y creo que un mérito suyo no pequeño fue el haberla propiciado. Allí, con un grupo de colaboradores que hoy son todos catedráticos en la universidad, y que han desarrollado su propia personalidad con originalidad (Peiró, Miralles, Pascual, Tortosa), presentamos un conjunto de trabajos que daban cuenta de la imagen actual de la psicología occidental y española desde la perspectiva de la historia y sociología de la ciencia que utiliza las técnicas cuantitativas sociobiométricas. A los asistentes sorprendió no sólo nuestros resultados, sino el espíritu de grupo y el carácter de proyecto de trabajo que habíamos logrado. Había una metodología, una comunidad de supuestos básicos, y una coherencia intelectual extraordinarias, y ello no era obra mía, desde luego, sino del espíritu con que todos los miembros del grupo habíamos trabajado durante bastante tiempo antes. Hacer algo en una dirección de investigación lleva siempre mucho tiempo, es obra de años; poco a poco nos hemos ido convenciendo

todos de que es preferible una labor sistemática y concentrada sobre ciertos temas, a los mil temas que arden en unos pocos segundos, sin posible espesor ni continuidad.

- En 1979 llegó también la difusión internacional de sus trabajos. En la convención anual del APA, en Nueva York, conoció a Josef Brozek. Al año siguiente, fue el congreso internacional de psicología en Leipzig, un momento que Eckardt ha considerado que marca definitivamente el corte entre una práctica historiográfica amateurizada y otra profesional. ¿Qué supusieron aquellos contactos para usted, y qué opina de la tesis de Eckardt?

- Los contactos internacionales habían empezado con envíos de materiales y cartas, pero había que lograr las relaciones personales, que nos dieran soporte desde fuera a lo que queríamos hacer dentro. Aprovechamos el año 1979 para ir a Estados Unidos, y José María Peiró y yo nos trazamos un programa que significaba el contacto con los centros y personas que más directamente nos interesaban: en Nueva York, los historiadores de la psicología reunidos en la convención de la APA, y la gran figura de Robert Merton, el sociólogo de la ciencia; en Filadelfia, el centro de Garfield, el Institute for Scientific Information (ISI); en Yale, el departamento de Derek Price, a quien visitamos un par de veces, la primera un poco más formal y reservado, la segunda -tras ver algunos de los trabajos nuestros que le dejamos - completamente volcado, cordial, estimulándonos a seguir haciendo cosas en la línea emprendida. Teníamos una ayuda para el viaje, pero creo que logramos un rendimiento increíble a aquella cantidad, nada del otro mundo.

El contacto con el profesor Brozek, con Robert Watson, Bill Woodward, y muchos otros más, resultó un enorme estímulo para nosotros. Recuerdo también un encuentro muy cordial con Barbara Ross, quien se ofreció a organizarnos una visita al doctor Skinner, en Harvard, lo que resultó realmente conmovedor. Skinner estaba interesado por los cambios que tenían lugar en España, le preocupaban las nuevas orientaciones de la psicología, y era, además, una persona sencilla y con encanto personal, de modo que fue, en conjunto, un viaje inolvidable.

Luego vino el congreso de Leipzig, y empezamos a asumir la tarea de asistir a congresos y conservar los contactos personales y profesionales iniciados. Creo que en estos diez años, desde entonces, la cosa ha cambiado radicalmente, pero aquellas primeras salidas nuestras, como la de algunos otros colegas de otras universidades, eran entonces más la excepción que la regla; y no es posible hacer trabajo científico desconectado de los grupos exteriores, en muchos aspectos con bastantes puntos por delante de nosotros, aunque también haya cosas importantes en casa que fuera no conocen ni de lejos. En todo caso, es verdad que esos contactos representaban darnos de alta en la nómina de historiadores de la psicología implícitamente existente en la mente de los colegas, y en ese sentido, era una cierta profesionalización.

Y es cierto que la conmemoración centenaria de la fundación del laboratorio de Wundt en Leipzig trajo un fuerte cambio en el lugar ocupado por la reflexión histórica en la psicología, y tal vez en las ciencias sociales. La aproximación al estudio de la evolución de la ciencia desde la idea de los paradigmas, de Kuhn, ayudó muchísimo a trazar unas nuevas coordenadas que historizaban los contenidos de la ciencia, y el espíritu

del centenario hizo posibles encargos de trabajos y publicaciones que dieron oportunidad a los historiadores a encontrar apoyo institucional a sus preocupaciones. De modo que, en líneas generales, estaría de acuerdo con la frase de Eckardt.

-¿Cuáles podrían ser los rasgos principales del modelo historiográfico desarrollado por usted y su grupo, y cómo ha ido evolucionando, si es que lo ha hecho, en estos años?

Resumidamente, creo que podrían señalarse estos aspectos. Primero, una concepción "organizacional" de la ciencia: la ciencia es un instrumento, pero un instrumento complejo, como lo es una organización social, y en ella cabe hallar elementos o dimensiones análogas a las que aparecen de modo característico en una organización (liderazgo, metas definidas, mentalidad, etc.).

Segundo, en esa organización hay una manifestación o exteriorización de contenidos por medio de las comunicaciones. Ahí se objetivan los logros científicos. El estudio de la ciencia, y de su historia, debe partir de "los documentos escritos", esto es, debe tomar en cuenta la red de la comunicación científica, en que se hallan a la vez las ideas innovadoras, y las referencias evaluativas -unas expresas, otras no- a la obra de los demás, con apoyo de las cuales se progresa en el conocimiento.

Tercero, el análisis de esa red de mensajes, de esa "intertextualidad" como algunos la han llamado, hace posible objetivar los pesos diferenciales de unas contribuciones frente a otras, y por lo mismo, abre la vía para una consideración más o menos objetivada de la "importancia" relativa que una obra, un autor o una idea tienen dentro de un campo determinado. Creo que tenía razón Ortega al decir que la "importancia" es la categoría fundamental en la historia; por eso, considero conveniente colocar, al lado de la opinión siempre respetable de cada especialista sobre lo que a él le interesa del pasado, la evaluación socio-histórica, y si se me permite decirlo, incluso sociohistoriométrica, que nos permita ver ponderadas las distintas aportaciones que hacen unos autores a las generaciones que les siguen.

-En su programa se ha historiado autores, canales de diseminación de ideas, instituciones, conceptos... Parece como si estuviéramos ante un intento integrador de varios modelos historiográficos clásicos, en especial del de los "grandes autores", el "naturalista" y el "doxográfico". ¿No lo ve usted así?

- No se me había ocurrido pensar en mi trabajo desde ese punto de vista, pero hay en su apreciación elementos muy razonables, que posiblemente son resultado de una familiaridad con nuestros modos de trabajo y también de un alto sentido crítico, que estaría dispuesto a asumir.

Unamuno contaba la historia propuesta por el americano Holmes, según la cual, cuando Juan y Tomás hablan, hay tres Juanes y tres Tomases en vez de solo dos personajes: el Juan que cree ser Juan, el Juan que ve Tomás, y el verdadero Juan que solo ve Dios y está en las profundidades de la persona; más los tres Tomases respectivos, claro. En la historia tenemos el personaje que cada investigador quiere y cree ser, e

incluso del cual llega a dar pistas más o menos inequívocas a los demás; hay el que los demás ven, a la corta distancia de la contemporaneidad, y a la más larga de los efectos que aparecen en épocas ya distantes; y con todo ello, se va componiendo el cuadro complejo, o la verdad histórica sobre aquel, que está siempre abierta, inacabada, pero que puede tener dimensiones muy claras y precisas al referirse a aspectos determinados de su persona o su obra. Hay historiadores que prefieren atender a aspectos más personales, creativos, idiosincráticos de una figura, y otros que quieren ver las huellas que su obra ha producido en contemporáneos, discípulos o rivales. Desde un cierto punto de vista, siempre he creído que la verdad de una obra acaba por estar parcialmente en su impronta en otros, aunque ello haya de complementarse con la interpretación propia de lo que el historiador llega a ver en su inmediato contacto con su tema. Es decir, que ningún modelo da de sí tanto como para agotar la comprensión de una obra humana que sobresale en la historia.

- Sus diversos proyectos de investigación permiten, a nuestro juicio, seguir la evolución de su trabajo. Recordamos uno sobre la evolución de la psicología en España a través del estudio de sus manuales (Inape, 1977-8); otro sobre revistas norteamericanas y su estudio bibliométrico (del Comité Conjunto Hispano Norteamericano, 1978-1980), y sobre revistas Inglesas (CAICYT, 1982-83); el trabajo sobre influencia del pensamiento europeo en la psicología norteamericana (del European Science Coordination Office, 1987-8); y desde luego, sus trabajos sobre revistas españolas, francesas y alemanas, en un vasto proyecto que ha atacado de raíz el tema de las tradiciones nacionales. ¿Qué nos dice Vd. de todo ello?

Aunque puede parecer bastante amplia esta enumeración, es tan solo una mínima parte de lo que hay que llegar a saber en el campo en que me he venido moviendo. Es decir, cuando lo que se pretende es aproximarse a una historia de la psicología construida sobre datos objetivos tomados de la matriz de comunicación social en que esos conocimientos científicos se han ido expresando, todo eso, y más, es necesario para disponer de base suficiente sobre la que empezar a levantar. Cada uno de esos proyectos tenía y tiene sentido, a mi juicio; pero sobre todo, está la meta hacia la que se tiende, y esta se halla aún muy lejana. Tal vez haya que lograr integraciones o aproximaciones parciales; en todo caso, varios de esos proyectos requerirían una continuación hasta el presente. Y yo confío en que o yo o algún otro loco como yo se meta a ello en serio. Pueden salir cosas fenomenales.

-Usted ha jugado un papel crucial en la Institucionalización de la historia de la psicología en España. Entre otras cosas, hay que anotar su fundación de esta Revista de Historia de la Psicología, (1980), su dirección de los simposios sobre historia en el Congreso Internacional de Psicología y Procesos de Socialización (Alicante, 1981), su participación en reuniones, y en fin, su papel en la organización de la Sociedad Española de Historia de la Psicología. ¿Cómo ve todo esto, y en especial su futuro?

- Creo que la experiencia nos dice a todos, y de modo bien objetivo, que estamos experimentando un período de desarrollo y de consolidación dentro de nuestro campo

de especialidad. Las reuniones de la sociedad han ido en ascenso, en cuando a número de asistentes, y en cuanto a interés, desde que empezaron en la Autónoma de Madrid, hasta la última realizada en la Universidad de Sevilla. Creo, además, que nuestros colegas de otros campos o líneas psicológicas se han ido permeabilizando a las cuestiones de tipo histórico, y todo ello permite confiar en que se logren trabajos cada vez más complejos, ricos e interesantes. Por último, pienso que hemos logrado una de las metas que en su día me preocupaba lograr: poner fin a una ruptura con el pasado en la tradición española, ruptura en gran medida efecto de la guerra civil. Hoy los nombres de antes de la guerra ya son conocidos por muchos, y se ha recuperado la imagen de una tradición que, con altos y bajos, tiene un interés muy considerable.

- También anotamos que Vd. es uno de los miembros fundadores de la Sociedad Chelron-Europa, para la historia de las ciencias sociales y comportamentales, y miembro de la American Psychological Association (en su división de historia). Nos gustaría tener su opinión sobre la perspectiva de futuro de los trabajos en historia de la psicología en ese nivel internacional.

- Ciertos centenarios, en especial de Wundt, Freud y de los "Principles of psychology" de William James, han ido dejando su huella en el espíritu de los psicólogos de nuestro tiempo. También la visión paradigmática de la ciencia ha contribuido no poco a recuperar el sentido histórico de nuestro conocimiento. Hay, en muchos sitios, personas que están trabajando muy seria y rigurosamente en investigaciones históricas, y eso pasa tanto con temas de psicología alemana, como con la de los países latinoamericanos. Quedan resistencias que vencer, qué duda cabe, sobre todo en aquellos casos en que nuestros colegas piensan sobre todo en cuestiones de dominio, de influencia social, en vez de pensar en términos de esclarecimiento y comprensión de teorías, o de explicación histórico social del pensamiento. Pero este es un fenómeno que, precisamente, los historiadores y sociólogos de la ciencia conocemos demasiado bien.

- Cómo ve, en pocas palabras, el campo de la historia de la psicología hoy?

- Creo que es un campo prometedor, donde cada vez más se cruza la teoría psicológica con la antropología, la sociología y en general las ciencias sociales, y para el cual vamos disponiendo de más recursos y de personas más preparadas técnicamente.

- En fin, ¿cómo ve Vd. la evolución y el porvenir de la psicología en España?

- La psicología española goza hoy de excelente salud. En el mundo de la investigación y en el académico, nuestra psicología está firmemente conectada con grupos y centros extranjeros; se trabaja en cuestiones análogas a las que interesan a los demás miembros de la comunidad científica hoy fuera de aquí, y junto a una mente abierta a los hallazgos de los demás hay un cierto tono de modestia que hace ver los logros propios sin pedantería ni exageración.

En el campo profesional, hoy hay una expansión hacia los distintos campos sociales, que da al trabajo del psicólogo una grave responsabilidad. Estamos en el tiempo en que hay que demostrar la preparación y el conocimiento técnico que se ha adquirido para la solución de los problemas.

En tal sentido, yo creo que estamos en una hora seria, en que los psicólogos se están jugando en cierto modo su imagen presente y su proyección futura.